

Mi experiencia
con el
alzhéimer.

Esta es mi historia...

No sé si mi historia puede ser diferente a la de otra chica de mi edad, a la de otra persona que comparta conmigo el mismo sentimiento de impotencia que me acompaña y que parece que no se cura, desde que comprendí lo que le pasaba a mi abuela.

Sí, hablo de ese tipo de sentimientos que permanecen dentro de ti, de los que de repente, sin motivo y sin razón llegan un día a tu vida y parece que no se quieren marchar. Porque parece que no curan y que no pasan, que da igual lo que venga después porque lo que estás viviendo ahora nunca lo vas a olvidar.

Tengo recuerdos borrosos que se convierten en nítidos cuando ella aparece. Todo empezó hace mucho...

Siempre nos llevaba al parque, a mi hermano y a mí, nos daba una mano a cada uno y no necesitábamos más, nos repetía continuamente que lo hacía para que no nos pudiéramos pelear, porque era lo único que sabíamos hacer. Nuestra primera parada eran los columpios, siempre eran los columpios.

La verdad es que tiendo a olvidar la mayoría de cosas que hacía de pequeña, pero detalles como estos siempre los recuerdo, esos instantes de felicidad completa que me aportaba, antes de que todo empezase a empeorar, mucho antes.

Esos días, como muchas cosas más, son un pedazo de mí, por lo que hoy soy así.



Ella no solía cambiar sus dibujos, cuando le pedía uno siempre me decía lo mismo, que ella solo sabía hacer garabatos de gallos, y me enseñaba a hacerlos. Y, aunque fuera el mismo dibujo, siempre me quedaba asombrada.

Son esas cosas las que siempre recuerdo de ella, como los eternos paseos que nos dábamos cuando me dejó de entretener ir al parque. Era siempre el mismo recorrido, hasta la estación de tren, pero me daba la sensación de que nos recorriáramos media Salamanca.

Pues eso, son las cosas que siempre recuerdo de ella, pero las que me duele saber que ella no recuerda de mí.

Realmente nunca fui muy consciente de cuando empezó su enfermedad, porque al fin y al cabo solo era una niña, más que ahora digo.

Sé que muchas tardes cuando íbamos a visitarla ella estaba haciendo deberes de matemáticas porque decía que no podía permitirse olvidar nada. A partir de ahí, las cosas poco a poco empezaron a cambiar.

Ya no podíamos ir a comer la famosa sopa de la abuela los domingos, y cada vez que me tía o me madre la pillaban con el fuego de la cocina encendido la reñían. Dejamos de ir a pasear juntas, y ella a penas salía de casa. Incluso recuerdo que una vez fue a masa y se perdió.



• Dejamos de ir a pasear juntas y cuando eso pasó, dejó de ser la misma, dejó de querer hacerme la merienda, y dejó también de estar de buen humor. Si hablabas con ella no podían pasar ni dos minutos sin que te preguntara lo mismo. Y es que fue tan de repente, tan poco a poco pero tan rápido a la vez... Pero creo que ella se daba más cuenta que yo de lo que pasaba.

Ver llorar a mi abuela es una de las cosas que nunca creí que yo viviría. Y la verdad es que lo sentí como una punzada en el pecho.

Es que desde entonces cuando la miro a los ojos y veo su mirada perdida no puedo dejar de pensar en que no se lo merece, en que nadie en el mundo puede merecerse eso.

Olvidarte, olvidarte de todo lo que vives, como si no vivieras, porque te están robando cada recuerdo que guardas y al que te aferras.

O ser olvidado, que te olviden, vivir un segundo memorable con alguien y ser consciente de que mañana cuando se levante, ese momento para ella nunca va a haber existido.

¿Qué castigo es más grande de los dos?

¿Olvidar o que te olviden?

Y lo peor es que ninguno podemos elegirlo. No me perdonaría olvidar a alguien, ni tampoco perdonaría que alguien no pueda hacer nada para no olvidarme. Sobre todo cuando se trata de tu abuela.



Muchas personas viven esto, y no creo que ninguna persona en el mundo sepa como hay que afrontarlo. Supongo que cada uno lo hacemos a nuestra manera, pero no creo que exista una mejor que otra, simplemente cada uno tiene la suya.

La mía es esta, escribiendo esto aquí, porque sé que quien lo lea podrá entenderme un poco más de lo que yo me entiendo a mí misma a veces, y supongo que también compartirá un poco mis sentimientos respecto a una enfermedad que nadie elige tener o vivir, y así, esa punzada que se siente y esa sensación de impotencia se alivian un poco, y son un poquito menos fuertes.

Y esta es mi historia, dudo que algún día tenga el valor suficiente de leerse a mi abuela, pero si lo hiciera, estoy segura de qué es lo primero que le diría antes de que le diese tiempo a olvidar nada.

La diría que gracias.

Gracias por todo y por tanto.

Gracias por ser, como lo son todas las abuelas, la mejor abuela del mundo. Y que si algún día yo también tengo que olvidarlo todo, al menos sé que habré dejado testimonio en este papel de todo lo que has sido para mí.

Y después de eso, la daría uno de esos abrazos que ella siempre me da. Uno de esos, de los de siempre, y de los que son necesarios, tanto como ella.

Fin.